

*Pienso y no lo digo: que a cambio de aquella
alegre soberbia de la juventud para juzgar
al mundo hoy tenemos esta triste modestia
de la edad madura para rebelarnos.*

Después del invierno

Volvieron los patos a la laguna, los teros al campito y los peces a desovar en el río; no es todo y no es poco lo que se puede ver antes en la acción que en la contemplación. Ahora los días son más largos y las noches más cortas, también para mí llega rápido la mañana, me levanto y mientras el agua se calienta en la hornalla salgo y voy al encuentro de la retama, del pino azul, del ciruelo de jardín, la mirada quiere ir hacia los álamos brotados de hojas y seguir. La sensación es de contento por el nuevo día. Sonríe sin saber por qué sonrío y sin saber el porqué, dejo de sonreír. A veces lo veo, a veces no lo veo: el final siempre se resuelve como tragedia.

En eso me quedo pensando, cuando han vuelto los patos a la laguna, los teros al campito y los peces a desovar en el río.

Fotos del álbum familiar 2

La foto es blanco y negro, dentados los bordes, la foto ríe porque mi padre ríe en la foto, está viva su risa, su cara, sus ojos que ríen, no es extraño que siga riendo con los años y que su nariz árabe acompañe la risa. No lo dijo, pero es como si hubiera dicho *A la vida no se le habla de rodillas. A la muerte no se le habla de rodillas.* ¿Por qué?
Porque de rodillas no se habla. No tenía humildad con estas cosas y no era su preocupación errar en la alegría. Hace algunos años, en un día de invierno, la cara helada que besé por última vez tenía una sonrisa que daba pena despedir, sonreía como los que se quieren quedar a vivir para siempre en este mundo que pocas veces ríe.

La realidad tiene muchas caras, pero no todas las caras.

Los hechos sin las palabras no son nada.

Las palabras también crean los hechos.

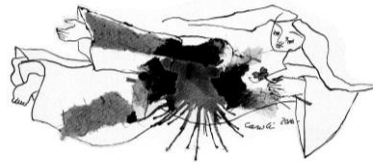
Para hurgar en los hechos hay que buscar las palabras que contienen los hechos.

Escribo para saber lo que hablan las cosas y los hechos.

Vuelvo al silencio para buscar las palabras que perdí en el camino.

Vuelvo a las palabras para buscar el silencio que nunca encontré.

Las interpretaciones pasan, los poemas quedan.



La poesía pone todo patas arriba cuando nos pone patas arriba.

El poema cambia las cosas de lugar para conocer el lugar.

La poesía quiere saber de qué está hecho el lugar donde vive.

Las palabras no tienen domicilio fijo.

Pedir tres deseos. Pedírselos a la poesía, aunque la poesía no conceda deseos.

La poesía no tiene deseos. La poesía es.

Las palabras se reúnen en el poema y se continúan fuera de él.

El momento en que el poema vive por su cuenta.

La poesía caza al aire libre.

El canto y la risa

a Pelusa Pérez y a Graciela Núñez

Hay dos cosas que haría más si pudiera, y si es necesario robaría una si no la tuviera: entre el canto y la risa me quedaría con la risa, y no porque no me guste cantar, sino porque no sé hacerlo, nunca supe. Lo que me gusta es reír hasta el final y que la gracia sea no parar, o no pensar que estoy riendo sin parar. Mis tíos nunca se ponían de acuerdo con la risa, uno decía *Es burla*; otro, *Premio consuelo*.

Ésta es la escritura y éste es el pensar que buscan lo que fue en lo que es para que un lugar en otro lugar se haga de nuevo. El recuerdo es una peste si agrega dolor al dolor.

La voz no sale fluida, natural, cuando se ve el final del viaje. ¿Final del viaje? ¿Final? Estribillo.

—*La alegría siempre espera detrás de la puerta,* decía abuela María, a quien nunca le faltaron penas y vino a este mundo a vivir sin culpas.

Dibujos en la nieve

Salimos con los perros a vagar en la nieve, las botas de caña alta, el cuerpo abrigado, las manos en el fondo de los bolsillos, las solapas de la campera cubriendo las orejas. Se empañan los cristales de los anteojos, los refriego con el pañuelo para no andar a ciegas como a veces parece estar el mundo.

Los perros y nosotros dibujamos en la nieve con los pasos que damos, sin boceto previo, sin saber qué dibujamos, mientras la nieve dibuja en nosotros su estado de ánimo, su esencia, su ser en estado semisólido, que en algún momento deshacen otros pies, otros pasos, o los nuestros, que sin saberlo tachan, borran lo dibujado, como hará, como hizo cada invierno la nevada que sigue a la anterior.

La modelo y los jóvenes muertos

Algunas de las balas que no dieron en el blanco buscado fueron a incrustarse en varias partes del cuerpo de una modelo que anunciaba un producto comercial en un cartel de publicidad. Las balas que dieron en el blanco derramaron la sangre de los jóvenes que murieron en la protesta. La sorpresa y la duda surgieron en ese momento por la exagerada intervención policial; en el peor de los escenarios, suponíamos que las cápsulas sólo debían contener inofensivas municiones de goma. Enfocados por las cámaras no había nadie que no se mostrara indignado sin dar un paso atrás, dispuestos a resistir, mientras nosotros, arrojados por los días de invierno, mirábamos con desolación en la comodidad del living de nuestra casa.

En los fragmentos que vimos en el televisor a dos mil kilómetros de los hechos, las escenas eran desgarradoras, ahora que las desgracias se transmiten en vivo y en directo a cada rincón del planeta. No nos quedaban dudas de la desesperada y trágica pasión argentina: todo vuelve a empezar en la cabeza de un paciente crónico sin memoria.

¿Qué representaba la discusión intrascendente que habíamos tenido con mi mujer esa mañana sobre un tema que ya habíamos olvidado?

Nada se podía hacer ante la pantalla inmutable que seguía repitiendo en crudo lo sucedido con un regodeo gratuito para el espectador, a los manifestantes volvían a matarlos como si una vez ni diez ni veinte bastaran. El ensañamiento virtual tenía su piedad, cuando nos daban un respiro y mostraban, desde otro ángulo y encuadre, las balas fallidas que seguían impactando en el cuerpo indefenso de la modelo de papel, que a pesar de la balacera no dejaba de sonreír como si no le importara o no fuera verdad lo que estaba pasando ante sus ojos. No daba signos de estar preocupada porque la belleza no puede durar, ni porque las decisiones de los hombres corrompen con más apuro que la crueldad del paso de los días; juraría que ella habría confiado en las personas antes que en la erosión natural del tiempo.

Cuando los jóvenes iban a morir una vez más, salí. No se oía nada, nada se movía en el aire. Al pie del pino me quedé un momento sin decisión. Y hundí las manos en la nieve helada que había caído la noche anterior.



La ley del domador de perros

Muchos años antes de que yo fuera un domador de perros amateur, abuelo Blas fue deportado a su país de nacimiento por actividades reñidas con el orden público.

Está en el cuerpo de la ley, porque la ley tiene cuerpo y tiene espíritu y se aplica como una compresa en el enfermo.

Con miedo pregunté por la ley que está escrita, la ley temida por el domador de perros que fui en mi infancia.

Hay una foto que me condena, estoy con gorra visera montado en el galgo negro; el galgo, quieto, sin un ladrido.

Esta es la ley, célebre por su número odiado, maldecido, esta es la ley 4144”.

¿Qué es la ley?

“La Ley sólo son crímenes castigados por los lugares y las épocas”.

¿Qué ofrece la ley?

“La ley no nos da nada más que un cadáver envuelto en un manto sucio. La ley se basa en el crimen y en la reclusión, largamente demorada”.

El domador de perros que fui no sabía que el arte de las repeticiones está en el tiempo.

Como toda ley que es condena, aquella separaba lo que estaba unido y unía lo que estaba separado.

En un pueblo de Castilla, Blas soñaba que Lorenza lo despertaba en el caserío del Sur argentino con vista al mar, en la mañana de invierno, los vidrios escarchados de su casa de chapas en la loma:

—*Mira la nieve en el árbol, ya es la mañana, hay tanta luz en la ventana.*

Y Blas, cegado por el reflejo:

—*¿Qué nieve? ¿Qué árbol? ¿Qué mañana?*

Oveja y lobo

La noche es una boca de lobo, lo decían en invierno los tíos antes de irse a dormir. Nunca los oí decir *El día es una boca de oveja*. Ni a caballo en el potrero ni cosechando manzanas. Nunca ningún tío aclaraba nada; tuve que aprender a distinguir entre el peso de los hechos y la levedad de las palabras.

Hay que ver lo que es una oveja y hay que ver lo que es un lobo, pero ver lo que se dice ver un lobo nunca había tenido el gusto.

Al asomar la luna sobre los árboles se preguntaban lo que podía salir de aparear una oveja con un lobo.

¿Y qué podía salir?

Una persona.

Mientras los oía reír desde la cama, temía en lo oscuro la espera larga del sueño.

Todo volvía a su lugar al día siguiente, dejábamos las piezas de la galería y salíamos al aire de la mañana.

Con los últimos bostezos hablábamos y meábamos todos a la par, en vez de hacerlo por turno, mudos bajo la luz concentrada del baño, los ojos chiquitos, entregados a la obligada puntería del chorro.